

# 1

NYRA

El sudor me corría por la espalda bajo la fina capa que llevaba puesta a pesar de que todavía podía sentirse el frío de la humedad en el ambiente.

El guardia que estaba al final del puente, con su mano carnosa apoyada en la empuñadura de la espada, hacía que se me acelerara el corazón al pensar en mi próxima jugada.

Inspiré hondo y miré hacia el bullicioso callejón del mercado. El olor a humo y pescado en salazón hacía que me picara la nariz, pero no podía disimular la peste de los barrios bajos ni la de los cuerpos sudorosos que se amontonaban a mi alrededor.

Me oculté el rostro bajo el cabello oscuro que me llegaba hasta los hombros mientras me abría paso entre la multitud y me alejaba lo más posible del guardia. Levanté la vista hacia el palacio y hacia la gran puerta de hierro que lo separaba del concurrido puente, que ocupaba casi una manzana entera.

El gran puente del reino de Marmoris era un lugar legendario. O al menos eso era lo que al rey le habría gustado que todos creyeran.

Mi mirada traicionera recorrió el palacio hasta donde sabía que estaba mi antigua habitación. La ventana se encontraba a tanta altura que alcancé a ver una de las banderas de mi padre ondeando al viento justo encima de ella. Era lo bastante

alta como para que nadie pudiera ver el interior, para que mi seguridad nunca quedara comprometida.

O eso creía yo.

En realidad, era lo bastante alta como para que nadie pudiera ver la vergüenza del rey: una heredera sin poderes.

Había pasado demasiados años confundiendo su bochorno con vigilancia. Mis padres habían perdido la esperanza de que su heredera al trono tuviera poderes cuando yo había cumplido los diez años sin mostrar ni la más mínima chispa de magia. Todavía recuerdo el miedo y la preocupación en sus expresiones cuando me dijeron que debíamos guardarnos el secreto para nosotros, pero esa preocupación había muerto mucho antes que mi madre. Mi padre dejó de preocuparse por mí, y lo que veía en sus miradas era puro resentimiento.

Había sido difícil oír las conversaciones a mi alrededor, apagadas por el sonido del agua que caía a toda velocidad desde las enormes cataratas bajo el puente. Me había esforzado por escucharlas, pero lo único que había podido distinguir era el intercambio de monedas y los susurros sobre acuerdos que no debían conocerse.

La brisa del mar me revolvía el pelo sobre los hombros. Inspiré hondo hasta que mis pulmones me pidieron que soltara el aire. Cada vez que una ráfaga de viento traía consigo ese aroma familiar, me inundaba de recuerdos agridulces. Estaba dividida entre la nostalgia y el resentimiento.

Miré hacia el agua y vi una docena de barcos que estaban a punto de zarpar. Se me hacía un nudo en el estómago por la nostalgia que me provocaba recordar cómo solía contemplarlos y soñar despierta con embarcar hasta que el viento me alejara de ese lugar.

*Pero últimamente siempre tengo un nudo en el estómago.*

Me obligué a ponerme en marcha y me abrí paso entre los carros destortalados hasta pasar junto al comerciante cuya

mirada siempre se detenía en mi cuerpo un poco más de lo que me habría gustado; aun así, le sonréí mientras me miraba lascivamente.

Era justo lo que necesitaba.

Deslizó la vista hasta el contorno de mis pechos y me llevé las manos a la espalda. Si se fijaba en las curvas de mi cuerpo, no podía ver lo que hacía con las manos.

—Buenas tardes —dijo, pasándose la lengua por el labio inferior, apenas visible a través de su barba grisácea y descuidada.

—Buenas tardes —respondí con amabilidad, agachando la cabeza para que viera lo tímida que era, lo halagada que me sentía por su atención. Todo ello mientras cogía una manzana y un trozo de pan duro. Escondí el pan en la parte trasera de mis pantalones, con las manos ocultas bajo la capa.

Con una sonrisa ensayada, pestañé y el hombre me miró sin prestarle atención al desgastado anillo que llevaba en la mano.

—Al parecer esta noche va a hacer frío —comentó el hombre; mientras seguía estudiando mi cuerpo meforcé a mantener un ritmo respiratorio constante y a ocultar los latidos acelerados de mi corazón.

Alcé la vista al cielo, fingiendo estudiar las nubes mientras asentía.

—Gracias por el aviso.

Como si los que dormíamos en la calle no fuéramos más que conscientes de los cambios que llevaba consigo la presión en el ambiente.

—Ya sabes dónde encontrarme si esa capa que llevas no te abriga lo suficiente.

Me mordí la lengua para evitar la réplica que estaba a punto de escapar de mis labios. La manzana seguía bien sujetada entre mis dedos, y su peso me proporcionaba esa serenidad

fingida a pesar de que me goteó jugo por los dedos cuando clavé las uñas en la fruta.

—Gracias. —Asentí una vez más, retrocedí y me perdí entre la multitud de clientes antes de que el comerciante se aburriera de mi cuerpo y se fijara mejor en lo que estaba haciendo, algo que no podía permitirme.

Llevaba casi un año viviendo en esas calles, desde la incursión, y había tenido mucho cuidado de que nadie se interesara demasiado por mí.

No tenía suficiente dinero como para comprar un pasaje en uno de los barcos, como deseaba, y los rumores sobre el peligro que acechaba más allá de la costa me habían mantenido anclada a ese lugar.

La rebelión se había vuelto más despiadada, y no podía arriesgarme a viajar al sur hasta que llegara el momento del diezmo, hasta que la rebelión vigilara a mi padre y el palacio tan de cerca que no iban a tener tiempo de fijarse en mí.

Me abrí paso rápidamente entre la gente que se arremolinaba en el puente y vi cómo un hombre vestido con lujosos ropajes se aproximaba a uno de los comerciantes, cuya expresión se iluminó al tenerlo cerca. El hombre no llevaba capa: su camisa era lo bastante gruesa como para protegerlo del frío, pero eso también significaba que la bolsa que llevaba atada al cinto estaba muy a la vista. Y por la forma en que colgaba junto a su cadera, habría apostado a que dentro había al menos diez monedas.

Aceleré el paso, con la vista clavada en el hombre mientras me acercaba. La desesperación se apoderó de mí y me empujó a avanzar, pero la codicia solo iba a conseguir que me mataran o, peor aún, que me capturaran, y aún tenía suficiente comida como para calmar mi hambre durante un par de días. Aun así, solo faltaban unas jornadas para el diezmo, y tenía que huir antes de que tuviera lugar, porque se esperaba que todos los

habitantes del reino se presentaran ante el rey y pagaran el tributo que les correspondía con toda la magia que tuvieran.

Y yo no podía hacerlo.

De cualquier modo, aunque hubiera podido pagar de alguna forma lo que mi padre creía que se le debía, la gente que vivía dentro del palacio me habría reconocido en cuanto me hubiera visto. Los guardias que patrullaban el puente, las calles de la ciudad y las mazmorras no habían tenido el privilegio de conocerme, pero los soldados más próximos a mi padre sí. Y sin duda iban a estar para proteger a su rey cuando despojara a su pueblo de lo poco que les permitía tener.

Ya habían asesinado sin pensárselo dos veces a buena parte de nuestra gente por no pagar el diezmo, y el miedo a lo que podían hacerme a mí superaba el que les tenía a los rebeldes.

Me obligué a acercarme al hombre mientras él se estiraba la camisa, completamente ajeno a quienes lo rodeaban.

Era una tontería hacer algo así en ese puente: había demostrado ser el lugar más fácil para convertirse en ladrón, pero también era el lugar más fácil para que te pillaran.

Y si no hubiera sido por el miedo que me invadía al ver que no tenía ni una moneda en los bolsillos ni comida para llenar el estómago, probablemente me habría dado la vuelta.

Pero no podía permitírmelo; y menos estando tan cerca del diezmo.

El hombre habló con el comerciante que tenía frente a él durante tan solo unos segundos antes de tenderle dos monedas de oro.

Y al ver ese gesto solo pude pensar en que iba a sacarle dos monedas menos.

Me tragué el miedo que amenazaba con paralizarme y seguí al hombre cuando se alejó del comerciante.

Andaba con paso firme y decidido, y atravesó el puente sin percatarse de mi presencia.

Mi capa se disimulaba fácilmente entre el mar de ropajes que adornaban el mercado, lo que me proporcionaba cierto grado de anonimato.

Me moví tan rápido como fui capaz, tratando de alcanzar al hombre antes de que se aproximara al palacio. Me di prisa, acortando la distancia entre nosotros, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, acompañando el ritmo de mis zancadas.

Él se detuvo para dejar pasar el pequeño carro de un vendedor, cuyas ruedas de madera traqueteaban ruidosamente sobre los adoquines, y supe que no iba a tener una oportunidad mejor.

El carro aceleró en mi dirección y casi me rozó al pasar, y yo me eché hacia delante y me aferré al hombre para amortiguar la caída.

Tropecé con él, braceé con desesperación y me agarré como pude a su camisa; fingí perder el equilibrio e hice que él perdiera el suyo.

Se estrelló contra el hombre que estaba detrás de él, y los tres apenas logramos mantenernos en pie mientras la multitud nos empujaba de un lado a otro.

No perdí el tiempo y tiré de las correas de cuero que sujetaban su bolsa al cinto y la estreché con fuerza en mi mano.

—Lo siento mucho —balbucí con voz temblorosa, recuperando el aliento—. No miraba por dónde iba.

Me recorrió con la vista de arriba abajo, evaluándome. Podía sentir el peso de su mirada escrutadora, y hasta la última fibra de mi cuerpo me pidió a gritos que huyera de ahí.

Tenía la mano derecha en su camisa y me aferraba a él mientras intentaba enderezarme; mi mano izquierda sujetaba su bolsa de monedas como si me fuera la vida en ello.

La confusión del hombre se convirtió en preocupación cuando extendió una mano hacia mí.

—¿Estás bien?

Esbocé una diminuta sonrisa, haciendo todo lo posible por parecer vulnerable.

—Sí. Solo he perdido el equilibrio. No pasa nada.

Recé para que aún no se hubiera dado cuenta de que lo había aligerado del peso que llevaba a la cintura.

Él todavía tenía las manos sobre mis brazos y me sujetaba con firmeza contra su cuerpo, y dudó un momento antes de asentir.

—Ten cuidado ahí fuera. El puente puede ser un lugar peligroso para una chica como tú.

*Una chica como yo.*

Él no tenía ni idea de que ese puente era más peligroso para una chica como *yo* que para cualquier otra persona en el mundo.

Todo el reino lo era.

Asentí y apreté la bolsa que llevaba en el puño dando un pequeño paso atrás. Agaché la cabeza y clavé la vista en el suelo.

—Gracias, señor. Así lo haré. —Tras eso, me di media vuelta y me perdí sin esfuerzo entre la multitud, con el corazón latiéndome a toda prisa por la mezcla de ansiedad y culpa.

Pero ninguna de las dos cosas fue suficiente para que me arrepintiera de lo que acababa de hacer.

Mientras me abría paso por el bullicioso mercado, no pude evitar echar un vistazo a la bolsa que apretaba con fuerza en mi mano. Era más que suficiente para mantenerme durante unas semanas, tal vez incluso meses, si era prudente con mis gastos. El peso de las monedas alivió parte de la urgencia que me carcomía por dentro cuando me guardé la bolsa en el bolsillo.

Los guardias seguían plantados a la entrada del puente y me obligué a pasar junto a ellos, aunque me dolían los mú-

culos con cada paso que me acercaba a su lado. Una vez que crucé el umbral, abandoné el suelo ornado con elegantes adoquines y pisé los polvorientos guijarros que cubrían las calles y me permití mirar por encima del hombro solo una vez para asegurarme de que nadie me había visto, de que el hombre no se había dado cuenta de que le había robado.

Cuando los guardias no me prestaron atención, me adentré con premura en las estrechas callejuelas. Cuanto más me alejaba del puente, menos majestuosas se volvían las casas y las tiendas que flanqueaban las calles. También las personas que vivían en esas moradas se volvían cada vez menos importantes. Solo se podía estar muy cerca del rey si se tenía algo que ofrecerle.

Si tu magia era algo que él pudiera necesitar.

El hedor de la mugre y la descomposición llenaba el aire, mezclándose con el lejano aroma de las especias que provenía de los destalados puestos de comida que se encontraban dispersos por las calles. Todo suponía un marcado contraste con la opulencia del palacio y de su puente, pero cuanto más me alejaba de ellos, más fácil me resultaba respirar con tranquilidad.

El peso de las monedas robadas en mi bolsillo me daba una sensación de seguridad, un tiempo muerto en el que no iba a sentir esa hambre feroz que siempre me devoraba el estómago.

Mientras andaba por las calles en ruinas, escudriñaba los rostros de los transeúntes. Muchos mostraban expresiones de cansancio y resignación porque tenían el ánimo abatido por el peso de sus luchas cotidianas. El mundo fuera del palacio era una dura realidad que me recordaba constantemente lo que había dejado atrás.

Lloraba por ciertos aspectos de la vida que una vez había sido la mía, pero también rezaba a los dioses para no tener que regresar jamás a ella.

Mantuve la cabeza gacha, mezclándome perfectamente con el paisaje de pobreza y desesperación. La capa andrajosa que ocultaba mi identidad cumplió bien su función y me ayudó a pasar desapercibida entre esas calles dejadas de la mano de los dioses. La supervivencia me había enseñado a ser invisible, a convertirme en un fantasma que se movía entre las sombras, y eso me había resultado muy útil.

Giré a la derecha por un callejón abandonado y pasé por delante de una vieja casa que tenía unas enredaderas que trepaban por los ladrillos rojos medio desmoronados. La anciana que vivía allí rara vez salía o recibía visitas, y aún menos revisaba el pequeño nicho cerca de la parte trasera de sus jardines.

Me senté allí, en el lugar que se había convertido en mi hogar, y saqué el pan y la manzana del interior de mi capa. Era en momentos como ese cuando deseaba tener un cuchillo, pero Micah iba a llegar enseguida.

Mientras saboreaba el primer bocado del pan que había robado, oí unos pasos que se hacían cada vez más fuertes al final del callejón. Escondí la comida, por si acaso, y permanecí en silencio hasta que los pasos se ralentizaron. Micah emergió de las sombras; su delgada figura se difuminaba a la perfección con la oscuridad que lo rodeaba.

—¿Ha habido suerte hoy? —preguntó en voz baja, escudriñando los alrededores en busca de cualquier peligro potencial. Después de un instante se sentó a mi lado con un gemido.

—Me ha ido bastante bien —respondí; saqué el pan de su escondite y lo partí por la mitad. Él cogió su parte con avidez, y era imposible no notar el hambre en sus ojos—. ¿Y a ti?

Asintió con expresión aprobadora y me tendió una pequeña bolsa que parecía demasiado ligera para contener monedas.

—He conseguido robar esto del carruaje de un noble cerca del palacio. —Abrí la bolsa con cuidado y vi varios tro-

zos de pergamino doblados, todos lacrados con el sello real—. Es correspondencia para el rey.

Me temblaban los dedos al meter la mano en la bolsa de cuero, pero sus palabras me dejaron paralizada. El miedo me oprimía, me asfixiaba, y dejé caer la bolsa al suelo.

—No podemos quedarnos con esto —dije con firmeza, con una voz apenas audible—. Si nos pillan con estas cartas, pondremos en peligro algo más que nuestras vidas.

Negué con la cabeza, con la mente acelerada por las implicaciones de lo que Micah acababa de decir. Que fuera correspondencia para el rey significaba que se trataba de documentos importantes, que podían contener información que iba a utilizarse como arma arrojadiza contra los que estaban en el poder. Era un riesgo que no podíamos permitirnos correr a la ligera.

Era un riesgo que me ponía mucho más en peligro que las monedas que acababa de robar.

Si el rey y sus guardias no me estaban buscando, sí iban a buscar esos papeles. Aunque lo más inquietante era que, si alguien iba detrás de mí, nadie tenía noticia de ello. Yo era la princesa perdida que todos seguían creyendo que estaba encerrada en su torre. Yo era la mancha en el reinado perfecto del rey, y él seguía *ocultándome* tanto como yo me ocultaba de él.

Micah me miró con la preocupación grabada en las arrugas de su rostro.

—Tienes razón —admitió con voz tensa—. Nunca los habría cogido si no te hubieras ido. —Se pasó sus curtidas manos por el cabello claro, que parecía brillar bajo la luz del sol. Micah era la única persona en quien había confiado desde que había dejado el palacio, pero él solo sabía lo que yo quería que supiera. Me había mostrado amabilidad en las calles cuando nadie más lo había hecho, y yo había correspondido a ese favor ocultándole mi identidad. Pero si mi padre descubría en algún momento que me estaba ayudando a

mantenerme escondida, no iba a dudar en matarlo. Para Micah yo era una chica que escapaba de un pasado aterrador, pero para mi padre yo era una carga. Y cualquiera que supiera de mí y de mi falta de poder entraba en la misma categoría—. Pero mira. —Abrió uno de los pergaminos, uno con el sello roto, y lo desplegó rápidamente; recorrió las líneas con la mirada, señaló la parte inferior de la página y yo le eché un vistazo por encima al papel para ver qué quería decir—. No hemos conseguido que la marca de rebelión quedaría perfecta... —Me cogió la mano izquierda y me subió la manga para dejar al descubierto la sencilla marca negra que me había hecho.

Pasó el pulgar por la sensible piel de mi muñeca, donde la marca había sido cuidadosamente grabada con su magia, y se me puso la carne de gallina.

La marca eran dos flechas simples que se cruzaban formando una X. Aunque los dos habíamos oído hablar de ella muchas veces, Micah tenía razón: era ligeramente distinta a la que aparecía en la correspondencia. Las plumas —el empulado de las flechas— no eran las mismas, y cualquiera que formara parte de la rebelión podía detectar la diferencia fácilmente.

También iban a darse cuenta de que yo no era más que una traidora que intentaba hacerse pasar por uno de ellos, y, si eso ocurría, iban a acabar con mi vida tan rápido como lo habría hecho el rey.

Aunque los partidarios del rey no abandonaban la costa real a menos que se unieran a la rebelión, o al menos no lo hacían desde la incursión. Era demasiado peligroso.

Si alguno de ellos me encontraba cuando huyera del reino, la única forma de sobrevivir era dejarles claro que estaba de su lado. Nadie podía conocer mi verdadera identidad. Nadie podía saberlo.

—Tenemos que arreglarlo. —Sus dedos se movieron suavemente sobre mi marca y sentí un nudo en el estómago al mirar la danza de sus manos—. Sabrán que eres una impostora en cuanto lo vean.

Una impostora. Dioses, no se me ocurría una palabra mejor para describirme.

—Hazlo. —Señalé con la cabeza el pergamo que aún tenía delante y tragué saliva. Aún recordaba cómo su magia me había quemado la piel la última vez, y sabía que en esa ocasión no iba a hacerme menos daño. Pero el dolor era un pequeño precio que pagar en el gran esquema de las cosas. Mi futuro dependía de ello.

El rostro de Micah se contrajo por la concentración mientras canalizaba su magia hacia las yemas de los dedos. El aire crepitó de forma evidente, como una anticipación tangible que inundó el estrecho callejón. Inspiré hondo, preparándome para lo que estaba por llegar.

Con delicadeza, Micah apoyó el dedo pulgar sobre la marca que tenía en la muñeca, con cuidado de no alterar las líneas ya existentes. Su magia fluyó de él hacia mí y se entremezcló con mi carne. El calor irradiaba de su piel, quemando la mía y grabando nuevos detalles en el símbolo.

Me mordí el labio, soportando la agonía mientras él corría meticulosamente las plumas de las flechas. Cada caricia de su pulgar era como fuego y me marcaba con una nueva identidad. Era una reinvención nacida de la necesidad, un intento desesperado por sobrevivir en un mundo que exigía lealtad y fidelidad.

A medida que el dolor se intensificaba, apreté los puños y me clavé las uñas en las palmas de las manos. El roce de los dedos de Micah se volvió más ligero, pero su concentración parecía inquebrantable mientras estudiaba el pergamo.

Finalmente, Micah retiró la mano y una oleada de alivio me invadió. Examiné la marca modificada en mi muñeca: las líneas eran nítidas y los bordes aparecían recortados por mi piel roja e irritada. Las puntas de las plumas de las flechas estaban perfectamente alineadas, y cada delicado detalle había quedado grabado en mi piel como un testimonio permanente de en quién tenía que convertirme.

—Debes tener cuidado con esto —me advirtió Micah, con un tono cargado de preocupación y la misma desaprobación que había mostrado la primera vez que le había pedido que me hiciera la marca—. Fingir formar parte de la rebelión es un juego peligroso.

Asentí con solemnidad, muy consciente de los riesgos a los que me enfrentaba. Se rumoreaba que la rebelión había estado ganando fuerza en secreto, impulsada por las injusticias cometidas por el rey y los que estaban en el poder. Luchaban por la libertad, por un mundo en el que todos tuvieran las mismas oportunidades en la vida, independientemente de cuál fuera su magia.

Pero también operaban en las sombras, con tácticas tan despiadadas como las de sus oponentes.

Y yo había visto la prueba de ello cuando habían asaltado el palacio que hasta ese momento se consideraba impene-trable.

—Lo sé —respondí con voz firme—. Pero espero no tener que usar la marca.

Los dos sabíamos que nunca iba a poder permitirme el pasaje en uno de los barcos del puerto del reino, pero si lo-graba viajar lo bastante al sur, tal vez podía tener una opor-tunidad.

La costa sur estaba muy lejos, sobre todo para una chica que nunca había salido del palacio, pero no me quedaba otra opción.

—No quiero que te pase nada. —Micah levantó la mano hacia mi mejilla, y me invadió la culpa.

Su consternación y las razones que lo llevaban a preocuparse por mí tenían mucho peso.

Desde que había dejado el palacio Micah se había convertido en mi ancla, en mi confidente y en mi mejor amigo. Pero la forma en que contemplaba mi rostro me decía que había... algo más que eso.

Un grito fuerte y agudo sonó en la distancia. La mano de Micah, que estaba un cuarto de pulgada de mi rostro, se detuvo abruptamente en el aire. Nos quedamos quietos, con el cuerpo en tensión, aguzando el oído, y de repente el sonido de unas botas contra los adoquines se acercó demasiado como para que ninguno de los dos nos sintiéramos seguros.

Micah abrió los ojos de par en par, alarmado, y volvió la cabeza en la dirección de los pasos que se acercaban. Dejó caer la mano para rozar con los dedos la empuñadura de una daga oculta en su cinto. La desesperación en su tono de voz era palpable cuando se volvió de nuevo para susurrarme con urgencia:

—Tenemos que irnos. Ya.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, y una oleada de pánico inundó mis venas. Le agarré el brazo a Micah, con fuerza y sin ceder.

—Toma —dije, llena de miedo y de determinación a partes iguales; metí la mano en el bolsillo y saqué la mitad de las monedas de la bolsa.

—¿Dónde demonios has conseguido esto? —preguntó Micah; me sujetó la mano y me cerró los dedos alrededor de las monedas, mirando por encima de su hombro.

—Las he robado —susurré con urgencia, muy atenta a los pasos que se acercaban—. Quédatelas y vete. Busca un

lugar seguro donde esconderte, algún sitio donde no te encuentren. Nos vemos aquí esta noche.

—Las necesitas.

—Los dos las necesitamos —insistí, y los dos sabíamos que era cierto.

Micah dudó un momento, dividido entre su preocupación por mí y la necesidad de escapar. Pero teníamos muy claro que, si nos quedábamos juntos, iba a ser mucho más fácil que nos atraparan. Nuestras posibilidades eran mejores si nos separábamos. Dejé caer las monedas en su mano y él asintió, apretándolas con fuerza, antes de estrechar la mía por última vez.

—Cuídate —murmuró, con una mezcla de ansiedad y decisión en su tono de voz. Y entonces se fue: desapareció entre las sombras como si nunca hubiera estado allí.

A solas en el callejón tenuemente iluminado, el corazón me latía con fuerza en el pecho, como un tambor de guerra. Los pasos que se acercaban se hacían cada vez más fuertes, estaban cada vez más próximos con cada segundo que pasaba. El miedo y la adrenalina corrían por mis venas, alimentando mis instintos; me di la vuelta y eché a correr en dirección contraria.

Atravesé a la carrera el estrecho callejón; salté por encima de una caja abandonada y esquivé a un hombre que corría en dirección contraria a la mía. Me ardían los pulmones con cada inspiración, pero seguí adelante.

Mi mente iba a toda velocidad, tratando de formular un plan mientras escapaba. Debía encontrar un lugar donde esconderme, tenía que mezclarlo con la multitud y desaparecer de la vista de aquellos que se movían por las calles. No importaba a quién buscaran: la guardia del rey no discriminaba entre los que se interponían en su camino.

Las calles estaban repletas de gente y todos estaban nerviosos. Miraba con rapidez a un lado y a otro, al igual que to-

dos los demás, y siempre me encontraba docenas de guardias moviéndose entre la multitud.

Reduje el paso y mantuve la cabeza gacha mientras seguía abriéndome paso entre la gente.

—¡Ahí! —oí gritar a un hombre detrás de mí, pero no me atreví a darme la vuelta para ver quién era—. Es ella.

Me dio un vuelco el corazón cuando la voz atravesó la bulliciosa calle. El pánico se apoderó de mí y me empujó a correr de nuevo, pero me obligué a mantener la calma. Seguí corriendo, deslizándome sin esfuerzo entre la multitud, desesperada por perderme entre los transeúntes.

Pero el destino no fue benévolos conmigo.

Antes de que pudiera reaccionar, unas manos fuertes me agarraron por los brazos y tiraron de mi cuerpo hacia atrás con tanta fuerza que sentí un dolor agudo en el hombro. Tropecé e intenté mantener el equilibrio ante el repentino ataque.

Una figura corpulenta se cernía sobre mí, vestida con el uniforme azul marino oscuro que lo identificaba como centinela de la guardia del rey. Clavó su mirada en mi rostro y me debatí entre el miedo y la rebeldía, obligándome a apartar la vista y a fingir ser alguien que no era, alguien que respetaba al rey y a sus hombres.

—¡La tengo! —exclamó por encima del hombro, y yo me estremecí al oír más pasos fuertes que se acercaban.

Se echó hacia delante y me levantó la barbilla con un dedo curtido, escudriñándome el rostro.

—¿Es ella? —preguntó otro guardia a sus espaldas, y yo tragué saliva con dificultad.

*No. Por favor. Por favor. Por favor.*

Si me llevaban de regreso al palacio, no sobreviviría. Mi padre no iba a consentirlo. Lo había traicionado, a él y a su reino, cuando había escapado durante el ataque, y no iba a permitir que lo olvidara.

—Es ella. —Me cogió de la muñeca e hizo que me acercara más a él mientras la gente se alejaba lo más posible de nosotros. Yo no significaba nada para ellos, no era nadie por quien estuvieran dispuestos a arriesgar sus propias vidas, y Micah había desaparecido, tal y como le había pedido. *La princesa*. Estaba preparada para escuchar esas palabras, preparada para los gritos ahogados cuando todos lo oyeron, pero me sorprendió cuando mi captor pasó el pulgar por mi marca de la rebelión, que aún me dolía, y dijo—: Y al parecer la ladronzuela también es una traidora.

## 2

DACRE

Apreté los dientes mientras escuchaba cómo mi padre me reprendía, como si fuera culpa mía que hubieran capturado a mi hermana, como si no estuviera ya muriéndome por dentro intentando averiguar cómo íbamos a rescatarla.

Aquello no era nada nuevo.

Los guardias del palacio capturaban a diario a algún miembro de la rebelión; algunos eran asesinados en el acto por su traición, mientras que otros se veían obligados a rezar al dios de la fortuna para que la muerte los reclamara. Un prisionero del rey era un prisionero al que iban a torturar, y un miembro de la rebelión tenía muchos secretos que valía la pena obtener. Y mi hermana era demasiado joven y demasiado guapa para que la mataran con rapidez. Los guardias debían de tener planes mucho peores para ella que descubrir sus secretos.

Pero yo iba a sangrar y a luchar hasta mi último aliento para sacarla de allí.

Estábamos agachados cerca de las lindes del bosque, esperando a que los últimos rayos del sol se ocultaran tras la costa. Faltaban solo dos días para el diezmo, y tenía que liberarla antes de esa fecha.

Dejé vagar la mirada por la línea de árboles, escudriñando los alrededores mientras mi padre seguía parloteando. Pero

yo no pensaba desperdiciar mis fuerzas con él. Tal vez fuera el líder de la rebelión, pero también era responsable de la muerte de mi madre. Era responsable de la muerte de un gran número de rebeldes cuando planeó una incursión para la que no estábamos preparados.

Una incursión que cambió nuestras vidas.

Una incursión que me hizo perder el respeto que le tenía.

—¿Has oído lo que he dicho? —gruñó con su voz grave, y por fin lo miré a los ojos.

—¿Qué?

—Joder, ni siquiera me estás escuchando, Dacre. —Frunció el ceño, frustrado; la piel de su frente se arrugó y aparecieron dos profundas líneas entre sus cejas. Sus ojos verdes se entrecerraron y brillaron con un destello de enfado.

Habría sido como mirarme en un espejo si no fuera porque yo había heredado los ojos oscuros de mi madre. Él, como yo, tenía el pelo negro azabache, como el infinito cielo nocturno, que formaba suaves ondas que enmarcaban su rostro y contrastaban con su mandíbula angulosa y afilada, que aún conservaba una cicatriz de la incursión.

Sí, si no fuera por los ojos oscuros de mi madre, habría sido la viva imagen de mi padre.

—Sabemos dónde tienen a los prisioneros. —Me pasé la mano por el pelo, mirando hacia arriba, hacia el palacio y el puente del mercado, que intentábamos evitar a toda costa—. Kai y yo entraremos solos. Si no la encontramos en media hora, nos retiraremos.

*Por encima de mi puto cadáver.*

—Media hora —repitió el plazo—. Si no la encuentras antes de ese tiempo, te vas. Eres demasiado importante. —Resoplé, burlón, ante esas palabras de mi padre, pero él no me prestó ninguna atención—. Deberíamos enviar a Mal con Kai en lugar de a ti.

—Voy a entrar, con o sin tu aprobación —afirmé, decidido, mirando a mi padre a los ojos con determinación—. Es mi hermana y no la dejaré a merced de ellos.

Relajó la mandíbula y echó la cabeza un poco hacia atrás, estudiando mi expresión. Debería haber exigido ser él quien fuera a buscar a su hija.

—Tienes treinta minutos.

No importaba lo que dijera: yo ya había tomado una decisión. No tenía intención de retirarme si no la encontraba en media hora, y me daban igual las consecuencias.

Sin esperar más órdenes de mi padre, me volví hacia las sombras cada vez más oscuras de la capital.

Kai y yo habíamos estudiado cada pulgada del palacio, la rutina de cada guardia y todos los posibles puntos de entrada. Llevábamos años estudiándolos. Pero en ese instante, mientras nos preparábamos para entrar en los terrenos del palacio por primera vez desde la incursión, la sangre me latía con fuerza en las venas y mi pecho retumbaba con los latidos de mi corazón acelerado.

—¿Estás listo? —preguntó Kai, con una voz apenas audible en el silencio de la noche.

—Más que nunca. —Tenía las palmas de las manos sudorosas, y me tembló la voz cuando meforcé a responderle.

Nos movimos entre las sombras; nuestros pasos apenas hacían ruido contra el suelo cubierto de musgo mientras dejábamos atrás a mi padre y a los demás. No nos dirigimos al puente, sino que fuimos hacia la derecha, hacia el sonido de los pocos puestos ambulantes que aún plagaban las calles.

—Aquí es donde empieza la diversión —susurró Kai, con una pizca de temor en el tono de voz.

Asentí, sintiendo la misma inquietud al mirar a mi alrededor. Avanzamos acompañados, como dos anillos de la misma

serpiente, paso a paso, navegando por el laberinto de gente y mercancías.

El mercado seguía animado con los sonidos de las regateos y las risas. Delante de nosotros, el palacio se elevaba sobre la ciudad; su grandeza y su poder suponían un marcado contraste con la difícil situación de los súbditos del rey.

Kai señaló con la cabeza hacia la derecha y yo lo seguí por un estrecho callejón que discurría entre dos edificios altos. Miré por encima del hombro y vi la familiar casa, tan cubierta de hiedra que casi no se reconocía, antes de volver la vista al frente de nuevo.

No podía pensar en esa casa. En ese momento no.

Se me erizó el vello de la nuca y apreté los puños, tratando de calmar los nervios. Kai me condujo por otro callejón a través del cual nos adentramos más en la ciudad, alejándonos de la multitud. El olor del mar era muy fuerte en esa zona, y casi podía saborear la sal en mi lengua. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas se escuchaba claramente a pesar de la distancia, y me permitió un momento para recuperar el aliento.

Salimos del callejón y el bullicio de la multitud dio paso a las calles más tranquilas de la ciudad vieja. El palacio aún estaba lejos: su silueta en sombras era un faro en el crepúsculo que se avecinaba.

—Por aquí. —Kai señaló hacia delante y yo lo seguí.

Nos movimos rápidamente, acompañados por el sonido de nuestros pasos sobre los húmedos adoquines. Cruzamos las calles vacías, evitando a los escasos viandantes y a los gatos callejeros que deambulaban en busca de comida. El palacio estaba cada vez más cerca, y su perfil oscuro se elevaba como una fortaleza contra el fondo de las estrellas que comenzaban a brillar.

Al acercarnos a las murallas del palacio, vimos a los dos guardias que patrullaban de un lado a otro ante las puertas principales, vigilando sin parar los alrededores. Kai y yo in-

tercambiamos una señal silenciosa y luego nos sepáramos; cada uno de nosotros tomó una ruta diferente para atravesar la muralla sin ser detectados.

Me deslicé a lo largo de la muralla, alejándome de las puertas, pero no podía quitarme de encima la sensación de que algo no marchaba bien. Se me puso la carne de gallina y me quedé un instante parado, dubitativo, mirando a mi alrededor con recelo, pero ahí no había nada.

Avancé más por la muralla hasta llegar al lugar que Kai y yo habíamos acordado previamente, y me puse a trepar, utilizando los brazales de la armadura de cuero endurecido para agarrarme a las piedras irregulares cuando no encontraba apoyo para los pies. Mientras bajaba silenciosamente al otro lado, al recinto del palacio, oí un crujido a mi izquierda.

Me quedé paralizado, tratando de no hacer ruido, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho mientras me invadía la inquietud.

Hubo un movimiento repentino y saqué la daga de la vaina que llevaba sobre el pecho. Estaba a punto de lanzarla cuando por fin vi a Kai, con la preocupación dibujada en su rostro.

—Tenemos un problema.

Miré por encima del hombro, en dirección a las puertas, y entonces lo oí: el discreto caos de los guardias que sabían que algo andaba mal.

La gente pensaba que el palacio era impenetrable, mas entrar no suponía ningún problema. Lo difícil era salir.

Pero no había vuelta atrás. No había ningún peligro en el mundo que me obligara a abandonar a mi hermana.

—¡Rebeldes! —gritó uno de los guardias, y Kai y yo cruzamos una mirada.

—Tenemos que encontrarla —dije en un susurro apenas audible—. Rápido.

Kai entrecerró los ojos mientras palpaba las puertas.